

TERCER PREMIO –II–

Mis vivencias

Rogelio Carrascal Rodríguez

Me llamo Rogelio Carrascal Rodríguez, nací en Mayalde, partido de Fuentesauco, en Zamora, el día tres de agosto de 1935. Mi madre se llamaba Bernardina Rodríguez y mi padre Enrique Carrascal. Parte de esta historia me la contaron ellos: cuando yo tenía tan solo un año y medio de vida tuve un accidente en un brazo. Mi hermana, que contaba con cinco años, por salvarme de las llamas, se lleva por delante una olla de agua hirviendo con la que al caerme me quemó. Aquí empezó mi sufrimiento, dado que la herida no se curaba y estaba en carne viva siempre. Mi padre se dedicaba al cuidado de caballos y burros de la gente del pueblo, cansado ya de este trabajo decide irse a cuidar cabras a La Deza (*sic*)¹ de San Miguel, partido de Toro. Nos fuimos todos con él y vivíamos en la misma choza que los animales, en el medio se prendía la lumbre y se hacía fuego para tener calor, mi hermana, encargada de cuidarme, veía que mi brazo no sanaba. Entonces mi madre me empieza a llevar a curar al pueblo que quedaba como a dos mil metros. Como no lo podía hacer a diario mi recuperación era muy lenta. Preocupada, me lleva a un pueblo que se llamaba Pelea Gonzalo² donde un médico, después de verme varias veces, dice que hay que cortar el brazo. Mi madre se queda a vivir allí, para evitar que esto sucediera, después de mucho tiempo empiezo a curarme.

¹ Creemos que se trata de la “Dehesa de S. Miguel” (N.E)

² Peleagonzalo, al este de Zamora muy cercano a Toro (N.E.)



Foto de mi padre, mis tíos y yo.

Pasado el año y medio en el pueblo, regresamos a la choza a cuidar las cabras nuevamente. Ahí conocí a Celestino Fernández y a Rafael Fernández de los cuales me hice muy amigo, con ellos empecé a vivir mis primeras aventuras, me parecía que era muy feliz, acompañado de mis padres y hermana, además tenía a mis amigos. Un día recibí una buena noticia: tendría otra hermana. A los pocos meses nacería la pequeña, la mayor se llamaba Delfina y la menor Isabel.

Aunque era un niño, los ruidos que se escuchaban de noche y de día me tenían preocupado, preguntándole a mi padre me responde que eran bombas que mataban a la gente, por eso nosotros permaneceríamos en la montaña para protegernos, porque en una oportunidad lo habían querido matar.³ No entendía mucho la situación, pero sabía que algo malo era, no iba a ser nada fácil la vida para mí. Mis padres empiezan a reñir a diario por cualquier motivo, el trato con nosotros ya no era el mismo, aunque tratábamos en el día de jugar con los cabritos, mientras los cuidábamos nos olvidábamos de la situación, en las noches cuando volvíamos todo eran gritos e insultos, haciéndose intolerable.

³ El autor se refiere a la Guerra Civil (1936-39). En las inmediaciones de Toro no hubo ningún hecho de bombardeos (N.E.).

ble la convivencia, mi madre decide irse con nosotros a Mayalde y abandona a mi padre, en el pueblo nos esperaba la abuela.

Serafina se llamaba, quién con todas las vecinas nos dan la bienvenida con abrazos y besos, cansados de tanto viajar, pues veníamos en un carro tirado por bueyes, lo único que queríamos era descansar. Todo parecía que funcionaba bien, nos pasábamos el día jugando con mis primos y las niñas vecinas. Ya tenía edad de ir a la escuela, mi hermana ya sabía leer y escribir y era la que me enseñaba, mi padre venía de vez en cuando y amenazaba con no darnos más de comer, mi madre trabajaba de revienta (*sic*)⁴, pero con eso no alcanzaba. Con la ayuda de mi abuela y de los vecinos lográbamos sobrevivir. Con la llegada de la primavera pensábamos que todo cambiaría, podíamos salir a cazar algún lagarto, pajarito o liebre, pero no era tan fácil. Pasábamos horas queriendo traer algo para comer y llegábamos con las manos vacías.

El mes de mayo de 1941 iba a ser la etapa más negra de mi vida, con mis hermanas nos fuimos a un prado a jugar. De pronto vimos unas frutas que colgaban de los árboles, había muchas y qué ricas se veían, así que mis hermanas se ponen a comer. Yo me alejo y elijo otras. Cansados de comer de estas frutas nos volvemos para mi casa. Cuando llegamos, a mis hermanas les empieza a doler el estómago, yo me asusté mucho y fui a buscar a mi madre y llamé a las vecinas. Cuando llegamos ya todo el barrio estaba a los gritos, (*sic*) pues mis hermanas habían comido las frutas envenenadas y se estaban muriendo. Sin médico, sin farmacia ni nada, con remedios caseros no se curarían, van a buscar a mi padre que cuando llega lo único que dice son maldiciones y le echa la culpa a mi madre, diciendo que ella les había hecho algo a las niñas. Delfina e Isabel, murieron irremediablemente.

A los pocos días mi madre me dice que nos vamos a vivir a lo (*sic*) de la abuela Serafina, y que nunca más veré a la abuela Rosalía. Así ocurre. Aunque mis noches estaban llenas de pesadillas, me despertaba llorando por mis hermanas y mi tristeza era infinita, así que para alegrarme un poco me festejan el cumpleaños, siendo el primero en seis años. Después de esto pensaban que me alegraría, yo seguía triste, lo que no sabían era que el señor Alberca, vecino de mi abuela Rosalía, cuando me encontraba me llevaba a la fuerza a verla, lugar en donde me esperaban todos mis tíos y no me dejaban volver, hasta que me lograba escapar y volvía corriendo a mi casa, esperándome mi madre muy enojada, aunque me golpeaba yo no decía dónde había estado. Como desaparecía todo el día, me culpa de andar en la calle, decide mandarme a la escuela, habla con el maestro y al otro día me lleva a la escuela, dejándome llorando como un marrano. El maestro me daba caramelos para conformarme,

⁴ Sometida a un trabajo excesivo (N.E.)



Mi foto de casamiento.

no entendía nada y como era tan tímido tampoco preguntaba. Esto me costaba que el maestro me castigara con una varita de mimbre por las orejas hasta que aprendía, lo mas difícil fue aprenderme su nombre, “José María Sánchez”, aunque lo intentaba no podía aprender nada, no me gustaba. Los pocos lápices y el cuaderno me lo había prestado mi primo, carecía de libros y no me importaba, mi amigo Raimundo trataba de ayudarme en lo que podía, pero yo era un burro.

Nuestra situación se tornaba cada vez más difícil, y comíamos gracias a los amigos de mi madre cuando íbamos de visita. Los meses pasaban y llegaron las vaca-

ciones, oportunidad que con mis amigos aprovechamos para salir a cazar, nos divertíamos y de paso traíamos algo para comer. Mi abuela me impide seguir yendo, porque tengo que ayudarle con el huerto, mis vacaciones se pasan trabajando, pero había para comer. Cantaba muy bien y lo hacía mientras cosechábamos en el huerto, también hacía un cocido de garbanzos y chorizos como nadie.

Ya iba a cumplir ocho años y tenía que tomar la comunión, todos los niños con ropa nueva y yo con mis pantalones remendados y mis zapatillas pintadas, pero muy contento porque iba a servir a Dios. Comienzan las clases y con ellas los problemas: en la escuela, de todo lo que ocurría de malo me echaban la culpa y terminaba castigado por el maestro, así que no iba a clase y me escapaba con mi amigo al monte a cazar, pero mi madre nos descubre y me da una paliza. Esto acarrea que volvamos a mudarnos a otro pueblo, ella se emplea en una casa de sirvienta, yo vivía ahí y me daban de comer las sobras, que los patrones dejaban, mi vida era de perros, así que vuelvo con mi abuela, la cual me manda a cuidar cabras.

Con tan solo nueve años, pasaba el día en la montaña, con hambre, frío y la mayoría del tiempo mojado. Para no entumecerme corría permanentemente,

pero tenía un compañero, mi amigo Lorenzo que me ayudaba a buscar distintos lugares para que pastaran las cabras. La cosa era que teníamos que mirar muy bien para que no nos pillara el guarda, si eso ocurría nos cobraba multa y los dueños de los animales se enojaban y nos quitaban su cuidado. ¡Cuántas noches escondido en la montaña con el aullar de los lobos y el temor que éstos nos producían!

A la mañana bajábamos a las aguadas, (*sic*)⁵ juntándonos todos los cuidadores y compartiendo la leche del ordeño y el pan que alguno tenía, pues era nuestra única comida, los días pasaban y se acercaba la Navidad, todos los niños esperaban sus regalos, seguro que yo no tendría ninguno, pero como ya estaba acostumbrado, no me entristecía.

La gran sorpresa me llevaría para reyes: me regalaron una chiva con dos chivitos. Qué feliz me sentía. Los llamé “*Estrella*” y “*Mellizos*”, mi vida transcurre entre las cabras y el prado. Un día, al llegar a mi casa, mi madre me dice que se va, pero que de vez en cuando volverá a verme. Pasan los meses y mi abuela me espera una noche para decirme que mi madre había sufrido un accidente, cayendo por una escalera y que estaba muy lastimada. Mi abuela se hace cargo y después de mucho tiempo de reposo, mi madre se mejora. Yo estaba pronto a cumplir quince años y tenía que trabajar en otra cosa.

El día de San Pedro, se realizaba una feria espectacular donde se reunía toda la comarca, aprovechando mi madre para ofrecerme a algún señor que necesitara un muchacho. Así ocurre, me contrata el señor Agustín, me sube a su auto y me lleva a su casa, que quedaba en un pueblo vecino; vivía con su mamá que era una viejita muy buena. Éste tenía un encargado que se llamaba Miguel López, el cual tenía esposa y varios hijos, me alojé en su casa y al otro día salimos un rebaño de cinco mil ovejas para Sanabria. Con la ayuda de los perros y el fuego tratábamos de controlar a los lobos, de noche no se dormía por el temor y para tener siempre el fuego avivado, siempre rodeados de ellos y esperando para atacar, pero una noche, delante de mis ojos, vi como una jauría entraba al corral y atacaba a la majada, yo con mucho miedo no puede hacer nada y la matanza fue terrible, cinco días tardamos en llegar, cinco días de terror y de mucha angustia.

Por eso no me olvido de las plantaciones de castañas y nueces, ya que por muchos meses de estar en la montaña, eran nuestro alimento, cuando bajamos al pueblo, don Agustín me dice que tiene que esperar que llegue mi madre para pagarme, la espera duró tres días y cuando llega le paga cinco duros.

⁵ Creemos que se refiere a la “vaguadas”, zonas más hondas de los valles por donde discurren las cauces naturales (N.E.)

Ahora me contrata para cuidar bueyes y me lleva a un lugar que se llama Fresno del Castillo, partido de Ledesma, provincia de Salamanca, donde me espera doña Josefa y su hijo Manuel, e inmediatamente me hago cargo del cuidado de los bueyes y el traslado del agua en un burro, que caminaba cuando quería y la mayoría del tiempo yo cargaba con los cantaros del agua. Pasan los meses, siempre diciéndole a don Manuel que me lleve a ver a ver a mi madre, después de mucho tiempo llegan noticias de ella, estaba muy enferma y reclamaba mi presencia, cuando me llevan mi madre ya había muerto, qué pena tan honda: se fue y no me despedí.

Mis tíos, como era menor, me llevan con mi padre, al cual yo no quería, pero era mi única familia, trabajé con él en San Miguel, cuidando cerdos, bueyes, segando el trigo sembrado, no paraba ni de día ni de noche, de mi sueldo no se hablaba así que trabajaba sin cobrar, lo único bueno era que el domingo bajábamos al pueblo a los bailes, lugar donde me hice de grandes amigos, Mario, Teresa, Dolores y Pepe, los hermanos Villar, don Francisco, doña Vicenta, don Rafael y don Celestino.

Pasa el tiempo y un día, mi padre me dice que tiene una buena noticia para darle (*sic*): mis tíos de Buenos Aires querían que nos vayamos, (*sic*) así estábamos todos juntos, era lo mejor que nos podía pasar, después de trabajar duro un año, juntamos nuestra (*sic*) y en el puerto de Vigo tomamos el barco rumbo a la Argentina, llegando después de muchos días al puerto de Buenos Aires, mi padre, mis dos tíos y yo, con diecisiete pesos en el bolsillo y un atado de ropa.

Sin saber a donde ir, un señor nos dice que él nos puede ayudar, nos lleva al Hotel del Inmigrante, acá les van a dar cama y comida hasta que su pariente venga a buscarlos, estuvimos cinco días alojados allí, por las tardes salíamos a caminar, sin saber que la persona que todos los días encontrábamos fuera del hotel era mi tío, hasta que un día se anima y le pregunta a mi padre como se llamaba, donde (*sic*) le dijo su nombre lo abrazó y se puso a llorar. Qué encuentro tan emocionante.

Recogemos nuestras pertenencias y tomamos un taxi hasta puente Alsina, lugar de donde salía el tren para el interior, pero como faltaban muchas horas para salir, nos fuimos a caminar un rato, sin saber que la policía nos encontraría, y como le resultábamos extraños nos quería llevar preso, (*sic*). Después de mucho pedir y contarle nuestra situación nos manda a la estación con la promesa de no volvernos a ver, ésta fue mi primera noche en la Argentina. A la mañana siguiente tomamos el tren que nos dejaría en Casbas, partido de Guamini, provincia de Buenos Aires.

Mi tío Benjamín, que así se llamaba el relojero que nos trajo a vivir aquí, mi tío José, Santiago, mi padre y yo, nos quedamos en una casa alquilada, nuestras pobres pertenencias y dos brazos para trabajar. El comienzo

fue muy duro, nadie nos conocía, y no teníamos trabajo, sólo algunas changas⁶ que nos ofrecían por pocas monedas, pero siempre hay alguien que te ayuda, a nosotros nos daba una mano el carnicero, don Nemesio Montes de Oca, y también se encargaba de recomendarnos con la gente (*sic*). Y yo me preguntaba: ¿Éste era el lugar donde se juntaba la plata con la pala? Eso era lo que se decía en España, pero no era verdad.



Foto con mis primos de España.

La gente se aprovechaba de nosotros, nos contrataban y después decían no tener dinero y no nos pagaban, como hizo el señor Arsenio Arias: me llevó al campo y cuando terminé el trabajo no me quiso pagar, pues decía que no podía, con la amenaza de una denuncia me tuvo que pagar lo que la ley marcaba, al fin consigo emplearme en la fábrica de quesos del señor Jorge Bhulman, desde la seis de la mañana hasta la noche, después de un tiempo y ya muy cansado porque eran muchas horas dejo este empleo y me voy de pintar (*sic*) con el señor Cordebera, que cuando más vino tomaba mejor pintaba. Como con eso no me alcanzaba, salí a vender verduras con dos canastas por el pueblo, mi padre había instalado un taller de compostura de calzado, un día caminando por la calle con mis canastas me llama un señor y me pregunta si no quería ser albañil, por supuesto que sí, aunque no sabía nada, seguro iba a aprender, se llamaba Félix Biancardi y su socio José Garrote, me emplean y así empieza mi profesión de albañil.

Junto con dos empelados más, que se llamaban Julián Reguero y Bonifacio Reoyo, me ponen a hacer pastones con una azada, había que darle duro a la pala y los baldes todo el día, pero me gustaba, y la paga era de diecisiete pesos por quincena, no mucho pero me enseñaban esta profesión.

Pasaron tres años, la gente ya me conocía y tenía mucho trabajo, siempre con don Biancardi como patrón, ya ganaba veintidós pesos por quincena. Nos sale para hacer una casa en el campo de los mellizos Irunzum, había que

⁶ Ocupación transitoria (N.E.)

levantarla sobre un médano de arena, al que lo bajamos a pala, tanto trabajo nos llevó terminarla dos años y medio, de vuelta en el pueblo, me voy a trabajar con don Peliche Butrino a un pueblo vecino, llamado Bonifacio, tres meses estuvimos allí, ya pasamos a Guamini, a repararle la casa al doctor Palladito, después al doctor Baraldi para terminar en el hotel Roca Nova.

Volviendo a Casbas cambio de profesión, y me contrata el señor Jorge San Juan, en la gomería⁷, esto no me gustaba para nada, había que aguantar hasta que apareciera alguna otra cosa. Después de siete meses, el señor Adolfo Barrera me propone irme con él de ayudante de albañil, ganando un sueldo de setenta pesos por quincena, estando en plena tarea empiezo a sentirme muy mal, me llevan al doctor y me dice que me tengo que operar, era apendicitis, me trasladan a Guamini, porque en Casbas no había hospital, sólo sala de primeros auxilios.

El doctor Dardo Rocha se asustó bastante, al fin me operan y esa noche no me la olvido mientras viva, estaba yo despertando de la anestesia cuando me encuentro con un oficial de policía en la cama de al lado que lo habían apuñalado en Casbas junto a un sargento, así que todo eran gritos y corridas.

Después de diez días de internación, vuelvo a mi casa para alegría de mis tíos y mi padre. Pasó Navidad y Año Nuevo, me recupero, vuelvo al trabajo, ya era capataz, aunque dirigía a la gente también trabajaba muy duro, yendo al campo a hacer arreglos hasta de molinas (*sic*). Con todos mis ahorros me compro herramientas y empiezo a trabajar por cuenta propia, pasó el tiempo y me compro dos terrenos para empezar a edificar mi casa.

Ya tenía cinco mil ladrillos y una bomba, así que empecé a construir una vivienda para nosotros, lo hacía sólo los fines de semana, porque el resto lo dedicaba a mis clientes. Sindo tan prolijo, la gente me buscaba todo el tiempo y terminaban siendo mis amigos.

Pasa un tornado destruyendo casas y galpones, oportunidad que aprovecho y me voy a lo de Caride a levantar todo el desastre, pasando varios años de construcción, por lo cual mi casa quedó parada. Un día de descanso, aparece una señorita en mi casa a pedirme un presupuesto para que le construya su vivienda y me deja el plano, yéndose al campo donde vivía con su mamá. Después de varios días, regresa y me dice estar de acuerdo con el precio y como condición en cien días tenía que estar terminada, me fui con un peón y a un ritmo vertiginoso, se empezó la obra.

Con el correr del tiempo, la vida me daría la alegría más grande de mi vida, ya que en ese año, 1976, empecé a conversar con la señorita dueña de casa, se llamaba Mariana Loschbaun, mi único y gran amor, me pongo de

⁷ Lugar de venta o reparación de neumáticos (N.E.)



Comisión directiva de la Sociedad Española y Centro Castellano y Leonés de Casbas, mi grupo de amigos actuales.

novio y pasamos a formar una sociedad. En este tiempo mi padre y mis tíos se enferman, se me empieza a complicar la vida, los días no me alcanzaban, trabajaba ya muy preocupado.

Ya que Mariana y su mamá querían venirse al pueblo y la casa había que terminarla, con el tiempo contado, porque me lo pasaba viajando a Bahía Blanca, mi tío estaba internado allí, a los pocos meses se muere.

El siete de diciembre de 1977 decidimos casarnos. Con Mariana pasé los mejores años de mi vida, un matrimonio perfecto, vivíamos el uno para el otro, hasta que mi padre se enferma y luego muere. No muy lejos Mariana tiene un problema en una pierna y la operan, parecería que estaba todo bien, pero después de dos años la intervienen nuevamente, descubren que es cáncer. Empieza el tratamiento en Bahía Blanca, no conforme con eso también la llevaba a Olavaria, quería salvarle la vida a cualquier precio. En ese ínterin fallece mi tío Santiago, el único de la familia que me quedaba, la tristeza me invadía: estaba perdiendo de a uno (*sic*) las personas que más quería.

Veía cómo la mujer de mi vida se me iba, y no podía hacer nada, así fue como el diecisiete de octubre de 1994 muere y me quedo solo. Fue y es tan difícil vivir sin ella, así que me volqué de lleno al trabajo tratando de olvidar, cosa que no es tan fácil, pero le doy gracias a Dios porque tengo salud y con el correr del tiempo, me acostumbré a esta soledad.

En el año 2000 me jubilé con una mínima, pero seguí haciendo alguna changa, hasta que en el 2002 Mario Álvarez, presidente de la Sociedad Española, me propone ser un integrante de la comisión, cosa que me alegró mucho. Empecé a ir todos los días, llegan a la secretaría los formularios del *inmerso*,⁸ repreguntan si no quiero ir a España, pero primero teníamos que hacer contacto con mi familia, así que consiguieron que hablara por teléfono con ellos, después de cincuenta años de no tener noticias. Empezaron a preparar toda la documentación, y con gran alegría me otorgan el viaje, el sueño de mi vida se vería realizado, aprovechamos y festejamos con la comisión, mi viaje y los cincuenta años en la Argentina.

El dieciséis de mayo, llegué al aeropuerto de Ezeiza con mucho temor y a la vez una alegría enorme. Nunca había viajado en avión, pero no era el único, como yo había muchos, después de volar catorce horas, llegamos a Barajas, aeropuerto de Madrid. De allí nos trasladamos a Benidorm, con mucha ansiedad recorría las calles, estaba en mi patria. Fueron quince días donde no paramos de pasear y conocer, después llego a Zamora, vuelvo a mi pueblo querido, me dirijo a la iglesia para que me indiquen dónde vivía mi familia y me encuentro con un amigo de la infancia. Donde me vio me reconoció inmediatamente, me lleva a la casa de mis primos, el recibimiento fue maravilloso, al fin podía recorrer las calles, visitar a los amigos, me parecía todo un sueño.

Pasaron los días, entre agasajos y bienvenidas, hasta el alcalde del pueblo, hizo una fiesta en mi honor, estuve en la Diputación donde me recibieron Fernando Maillo, Juan Andrés Blanco y José Luis Bermúdez, pusieron todo su tiempo a mi disposición, y realmente me hicieron sentir su amigo. Después de cincuenta y cinco días, tenía que partir, ¡qué pena tan honda, tan triste la despedida!, pero tengo la esperanza de regresar algún día, ahora me comunico con ellos por teléfono y gracias al Centro Castellano y Leonés, lo hago por Internet y las distancias se acortan.

La verdad es que he sido feliz a mi manera o como me dejaron. No me quejo porque salud no me falta y mi vida continúa, viviendo solo, pero con muchísimos amigos y ganas de vivir. Esta es mi historia desde 1935 hasta el 10-11-2006 y la escribe Rogelio Carrascal Rodríguez.

⁸ Debe referirse al “Instituto de Servicios Sociales”, Inerser, Organismo al servicio de las personas mayores (N.E.).